

Josefina L. Martínez

La guerra, la inflación y la hidra de la revolución

¿Ha comenzado un verano del descontento? Así lo anunciaban hace unas semanas los medios de prensa británicos. El profundo malestar con el gobierno de Boris Johnson “ese campeón del confinamiento duro que organizaba juergas en Downing Street y encubría a abusadores sexuales” se combinó con una inflación que alcanza las cifras más altas en cuatro décadas. El resultado resultó ser explosivo, provocó la descomposición del gobierno de Johnson y ya ha dado lugar a una gran huelga de los ferroviarios ingleses y del metro de Londres, la más importante en el transporte desde los días de Margaret Thatcher.

La metáfora alude al “invierno del descontento” de 1978-1979, cuando una ola de huelgas radicales sacudió las tierras de Shakespeare. Quien, dicho sea de paso, perfiló aquella frase en el primer acto de *Ricardo III*. Con una inflación al alza que alcanzó en mayo el 8,8% en Europa, podemos dejarnos llevar por sus palabras: ya regresan las nubes negras que se encapotan sobre nuestras casas, mientras la guerra cabalga sus corceles armados.

Las tendencias inflacionarias arrancaron en 2021, tras dos años de pandemia, con bloqueos en las cadenas de suministros y la crisis energética en el ojo del huracán. Pero todo se agravó desde febrero, después de la invasión de Putin a Ucrania y con las sanciones occidentales como gran acelerador. El resultado ya está siendo catastrófico para gran parte de la población mundial. Y como bien [apuntaba Rafael Poch en un artículo reciente](#), las sanciones “son mucho más dañinas que el bloqueo ruso de puertos ucranianos para el anunciado incremento del hambre en el mundo”. La revista financiera *The Economist* se alaba hace unos días que “la inflación está aplastando los niveles de vida, avivando la furia y fomentando la agitación”. El pronóstico es turbulento y el fantasma de las revueltas recorre varios continentes. Sri Lanka anticipa lo que pueden atravesar otros países en el norte de África o América Latina, donde las condiciones estructurales ya eran más que precarias y con altos niveles de pobreza.

Pero el conflicto social no solo se extiende por la periferia capitalista. El temor a una ola de luchas obreras acecha también a los Estados más poderosos. En Alemania, la poderosa IG Metall ha conseguido un aumento salarial del 6% después de una huelga. Y el pasado 23 de junio, más de 12.000 trabajadores paralizaron los cinco puertos más grandes del país, en la primera huelga conjunta en más de 40 años. Exigen un 14% de aumento salarial para no perder poder adquisitivo. En Francia, durante 2021 se desarrolló lo que la periodista Khedidja Zerouali llamó las “huelgas de los bajos salarios”, protagonizadas por sectores muy precarios. Trabajadoras y trabajadores que durante la pandemia se reconocieron como esenciales, pero que no recibieron ninguna mejora en la situación laboral después de haber garantizado los alimentos, la sanidad o el transporte. El nuevo año se abrió con importantes huelgas en aeropuertos, hospitales, educación y ferrocarriles. Todo indica que Macron se enfrentará muy pronto a un nuevo embate de la protesta social, algo que ha sido una constante del otro lado de los Pirineos.

Después de los ferroviarios, en Gran Bretaña han votado salir a la huelga trabajadores del

correo, los de empresas de buses y aeropuertos. Los vuelos estarÃ¡n congestionados este verano, porque se suman las huelgas de Ryanair, EasyJet y otras aerolÃneas. AsÃ lo han anunciado varios sindicatos espaÃoles. AquÃ tambiÃ©n vienen luchando por aumentos salariales los trabajadores del metal, desde CÃiz a Cantabria y Bizkaia, aunque con resultados muy desiguales por regiÃ³n. â€œBloquead los precios, no los salariosâ€ fue el lema central de la movilizaciÃ³n de miles de trabajadores en BÃlgica el pasado 20 de junio, durante una jornada de huelga general. Una reivindicaciÃ³n que podrÃa unificar a trabajadoras y trabajadores de todas las regiones y todos los paÃses. En Italia, un mes antes, los sindicatos de base convocaron huelgas y movilizaciones contra la guerra de Ucrania y contra el envÃo de armamento por parte de su gobierno: â€œBajad las armas, subid los salariosâ€.

â€œTras cada huelga se oculta la hidra de la revoluciÃ³nâ€. La frase bien la podrÃa haber dicho Abascal o quizÃs el ministro Marlaska antes de enviar una tanqueta contra los huelguistas de CÃiz. En realidad, la pronunciÃ³ un ministro prusiano, Von Puttkammer, que tampoco encajaba muy bien aquello de las protestas obreras. DespuÃ©s se la reapropiÃ³ Lenin para hablar con entusiasmo del gran movimiento huelguÃstico de 1905 en Rusia. SeÃ±alaba que las huelgas pueden ser contagiosas y que cada huelga representa una pequeÃ±a crisis de la sociedad capitalista. Cuando los trabajadores paralizan la producciÃ³n o la circulaciÃ³n, ponen en cuestiÃ³n la sagrada propiedad y entrenan su propio poder como clase. En momentos de crisis, esa resistencia se puede extender, transformando luchas parciales en una impugnaciÃ³n mÃ¡s general hacia un sistema que pretende descargar los costos de la guerra sobre la clase obrera, los migrantes y los pueblos mÃ¡s pobres. Por eso las huelgas generan tanto temor en los de arriba. Se esfuerzan en liquidarlas lo antes posible y buscan a toda costa evitar que se extiendan y coordinen.

[Fuente: [Ctxf](#)]